

Discurso de
LORD YEHUDI MENUHIN

Queridos amigos, con los cuales tengo la impresión hoy de haber compartido una vida anterior, una existencia que nos ha unido desde entonces y para siempre.

Estoy profundamente conmovido por las palabras, llenas de emotividad, del doctor Emilio Cabrera, sobre todo por este destino que ha querido escogerme para marcar un proceso histórico, para subrayar una de esas espirales logradas en el transcurso de más de veinte generaciones en esta encantadora ciudad durante las cuales ni los hombres, ni las mujeres, ni las piedras, ni los artesanos, han olvidado los crueles acontecimientos de hace siglos.

Cómo me hubiera gustado que estuviera a mi lado, al lado de Yehudi, también un Mohammed para subrayar y festejar la reunión benefactora, tan llena de lágrimas y de sonrisas de las tres religiones y de las cuatro grandes culturas que se mezclaban y que vivían armoniosamente juntas aquí mismo, para crear, a lo largo de varios siglos, una de las más brillantes civilizaciones que ha conocido nunca la historia humana, tan a menudo inhumana.

Aquí, en esta ciudad de callejuelas mágicas que guardan la impronta de la filosofía, del arte, de la ciencia y de la fe, encamados en el recuerdo constante de los paveses donde se mezclan las fantasías, los sueños, la búsqueda y el amor, éste finalmente ha triunfado, de nuevo, hoy sobre el mal. Sobre ese mal que se manifiesta en el hombre tan pronto como el instinto de protección se transforma en instinto de posesión, tan pronto como el instinto del artista creador que hay en el hombre, en su búsqueda de perfección y de belleza salida de sus propias manos, se transforma en ambición de dominio y de apagar las voces de los demás. Todas, excepto la suya.

Tan pronto como el instinto que nos empuja y nos lleva hacia el universo y hacia el infinito, el instinto que nos habita y a veces nos posee a todos, tan pronto como esa ambición noble y ese fuego sagrado se abandona sin contrapeso, sin crítica, sin enemigo, en una actitud cuya medida no es sino el oro poseído o el poder de imponer la muerte al mayor número posible de mujeres, de niños y de hombres; tan pronto, queridos amigos, ese hombre, el hombre en sí, es impregnado por una locura sin límites, desencadena en todas sus víctimas otra locura de venganza, también sin límites y sin piedad, que arrastra finalmente todo lo que vive, lo que palpita y vibra, hacia la violencia y la destrucción, presentando la hipocresía de una falsa ambición como una aspiración sagrada.

Es precisamente dentro de esta condición desesperada y lamentable en la que la humanidad, en gran parte, se encuentra hoy en día. Felizmente no en Córdoba en este bendito momento.

Esta corriente me parece que nos lleva hacia el reino del principio de la exclusividad, es decir hacia los dominios de la falsa seguridad que es la posesión de una verdad y la exclusión de todas las verdades que muchas veces son condicionales y a

menudo objetivas y que incorporan el sentido crítico duro y no adulator. Esta corriente nos lleva hacia un deseo de imponer un orden rígido que no admite excepción y que finalmente no es realizable, ni siquiera teóricamente, más que por *el intento* de eliminar el pasado -excepto la glorificación del propio- de eliminar todas las huellas, todo lo que pudiera recordar cualquier reproche, crítica u oposición. Así la exclusividad nos lleva al final, lógica y directamente al genocidio. En principio, al "castigo" siempre de los inocentes por el culpable, a la expulsión y, finalmente, a los campos de exterminación, a Auschwitz y los Gulags, al asesinato de hombres de paz, desde Jesús a Rabin o de aquellos corderos que caracterizaron nuestras religiones a través del sacrificio de un inocente que nos liberaría del peso de nuestros pecados; un razonamiento extraordinario esta idea de la ofrenda de la carne a un Dios del que se espera un favor, un Dios concebido a la imagen del hombre como una especie de ogro caníbal, irracional y loco, que no quiere devorar más que jovencitas. La verdadera fe y el sacrificio de uno mismo es otra cosa, desgraciadamente fácil de manipular. Esta es la doctrina falsa y peligrosa de una exclusividad basada sobre una falsa superioridad que busca actuar sin oposición y que está en la base de nuestras desdichas.

Nos hace falta sin duda una formación, una concepción religiosa y moral que nos permita manifestar nuestras capacidades, nuestras potencias creativas a través de las artes y de las ciencias y de toda actividad benéfica -deportes, juegos, filosofía- pero, sobre todo, sobre la base del canto y de la danza.

Todo ello para evitar esta tendencia, a la que es prácticamente imposible escapar, que obliga a hacer sufrir a los demás para obtener todas las satisfacciones de las que uno mismo se ve privado.

Haría falta reconciliar la espontaneidad del niño con una disciplina enriquecedora en factores renovadores, y no las disciplinas pesadas, rígidas y prisioneras del pasado. Por ejemplo, las cualidades bienhechoras de las tradiciones y de los saberes profundos transmitidos por vía oral deberían asociarse a las enormes ventajas de las conquistas escritas, incorporadas a nuestros libros y a nuestros ordenadores, así como los conocimientos que necesita el espíritu humano vivo que los ha de interpretar y usar.

En vez de esto, mantenemos siempre la falsa certeza de nuestra superioridad absoluta sobre las tradiciones orales de las que hay mucho que aprender y acerca de las cuales deberíamos comportarnos como humildes estudiantes.

La curiosidad es infinitamente más enriquecedora que la desconfianza.

La humildad de los ricos, importantes e instruidos nos serviría mejor como ejemplo que su comportamiento autoritario que se precia de conocer toda respuesta y todo conocimiento.

He hecho alusión, queridos amigos, a cuatro culturas aquí, en esta ciudad que tanto queremos. Es preciso no olvidar nunca la voz, el baile de aquellos que expresan la experiencia palpitante y trágica del pueblo, de aquellos que han sufrido tan cruelmente a lo largo de sus historias, de sus constantes desplazamientos. No olvidar un arte que es para mí el más expresivo, el más conmovedor de nuestras emociones: el flamenco, que tiene en Andalucía su lugar de síntesis. Un arte que reúne, que nos abraza, que nos conmueve, que se inspira en todas las influencias y que nació en la India hace miles de años.

Estoy humildemente agradecido por encontrarme hoy no sólo delante de los eruditos y los estudiantes de esta noble y venerable Universidad, sino también delante de una de las artistas más relevantes que conozco, la maravillosa Blanca del Rey. Ella pertenece a Andalucía y a Córdoba, de las que es sangre y tejido, así como encarnación de todas las culturas que han contribuido a esta tierra roja y tan llena de almas humanas que es Andalucía.

La saludo con el afecto y la admiración que tengo para todos ustedes que han querido distinguirme de esta manera tan simbólica y tan generosa.

Me gustaría también hacer referencia aquí a dos amigos, cristiano y musulmana, que hace ocho años nos invitaron a mi mujer y a mí a Córdoba durante un acto dedicado al acercamiento y a la sublimación de las religiones, ideal al que ambos están dedicados. Me refiero al señor y a la señora Garaudy.

Gracias de todo corazón, queridos amigos de Córdoba, de alguien que, como ha expresado mi muy estimado Emilio Cabrera, se siente aquí, entre vosotros, en su casa.